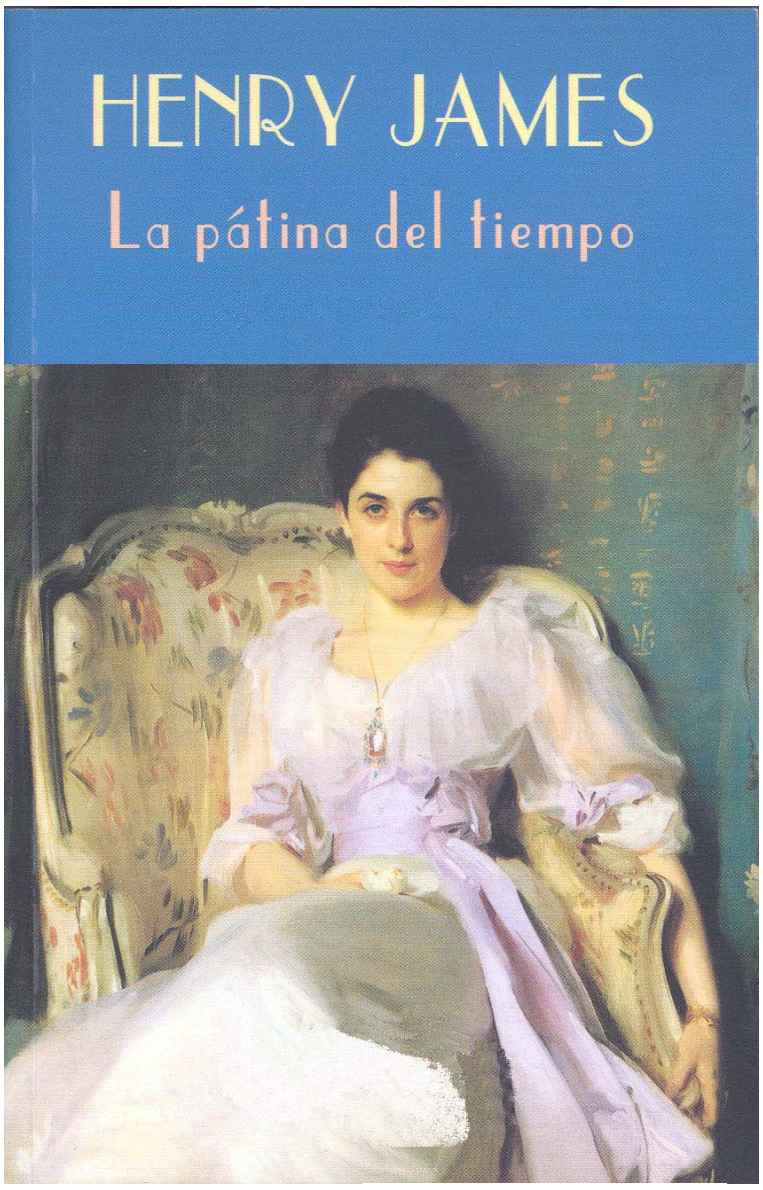
LIBRO dot.com

LA PÁTINA DEL TIEMPO

HENRY JAMES



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1

Me sentía demasiado contento del gran favor que a ella podía hacerle, en mi calidad de buen amigo suyo desde hacía bastantes años, como para no ir corriendo a llevarle la noticia aquella misma tarde. Sabía que trabajaba hasta la noche, como también solía hacer yo mismo; pero sacrifiqué de buena gana una hora de luz de un día de febrero. Tal como esperaba, la encontré en su taller de pintora, a cuya puerta estaba masculinamente adherida su tarjeta de presentación («Mary J. Tredick)>: no Mary Jane, sino Mary Juliana); estaba algo cansada, algo envejecida y muy manchada, pero se quitó sus feas gafas, apenas hube traspuesto su umbral, para atenderme. Conservó puesta, mientras arreglaba la paleta y secaba los pinceles, la gran bata pringosa que la recubría de la cabeza a los pies y que muchas veces la había visto yo llevar en circunstancias que daban fe de su renuncia a gustar. Cada vez que se me ofrecía una nueva ocasión de comprobarlo me apercibía de que Mary había renunciado a todo excepto a su trabajo, y de que en su historia personal debía de existir alguna razón peculiar para ello. Pero yo seguía lejos de adivinarla. Ella había renunciado a demasiadas cosas; precisamente por eso sentía yo deseos de echarle una mano. Le comuniqué, pues, que tenía un sustancioso encargo en perspectiva para ella.

—¿El de copiar alguna obra apreciable?

Su queja, y yo lo sabía, era que las gentes sólo le hacían encargos, cuando se los hacían, de copiar obras que ella no apreciaba. Pero en esta ocasión no se trataba de copiar... cuando menos, no en el sentido habitual del término.

—Se trata de un retrato... más bien singular.

—¡Pero si tú mismo pintas retratos!

—Sí, pero ya sabes de qué estilo. En este preciso caso, mis dotes no son las apropiadas. Piden un retrato todo armonía.

—¿De quién, si puede saberse?

—De nadie. Es decir, de cualquiera. De quienquiera que gustes.

Lógicamente, quedó maravillada:

—¿Quieres decir que yo deberé escoger al modelo? —Vaya, la singularidad estriba en que no ha de *existir* un modelo.

—Entonces, ¿a quién representará el cuadro?

—Pues a un hombre guapo, distinguido, agradable, que no haya cumplido los cuarenta años, perfectamente rasurado, perfectamente ataviado: el perfecto caballero, en una palabra.

Continuó mirando de hito en hito:

—Y ¿soy yo quien ha de proporcionarlo?

Me reí ante el verbo que ella había empleado:

—Sí, igual que «proporcionas» el lienzo, los colores y el marco. —Tras lo cual pasé a ofrecerle explicaciones—: He recibido una visita sumamente «desusada», que tuvo por consecuencia hacerme pensar en ti. Una mujer, desconocida para mí y que no había anunciado su presencia con antelación, entró en mi taller a las tres de esta tarde. Acudía a mí sin preliminares, según me hizo saber, a causa de mi elevada reputación (como de costumbre) y de su admiración por mi obra. Claro está que percibí instantáneamente (quiero decir que lo percibí tan pronto como me expuso sus deseos) que no había

comprendido nada de mi obra. ¿Acaso soy yo capaz de otra cosa que de fijar sobre el lienzo mi impresión de una realidad dada, presente? Sólo sé plasmar los rostros que veo.

—Y ¿a mí sí me crees capaz de plasmar un rostro que no he visto?

—No, pero tú ves tantísimos más. Los ves en tu imaginación y en tu memoria, repletas de ellos gracias a todos los museos que has visitado y todas las grandes obras que has estudiado. *Sé* que lograrás plasmar el que necesita mi visitante *y* conferirle (esto es la *crux* del encargo) la pátina del tiempo.

Sopesó el asunto:

—¿Por qué lo necesita?

—Precisamente *por* eso: por la pátina del tiempo. Y, a excepción de que el cuadro adornará la parte superior de su chimenea, no me facilitó detalles. Cuento sólo con mi sensación de que debe representar, debe simbolizar, por así decirlo, a su marido, que ya no está en este mundo o que quizá no estuvo nunca en él. Es justamente eso lo que te da carta blanca.

—¿Sin nada para guiarme: ni fotografías ni otros retratos?

—Nada.

—¿Simplemente piensa describírmelo?

—Ni eso; desea que sea el retrato quien se lo describa a ella. Su sola condición es que se trate de un *très-bel homme.*

Había comenzado por fin, con cierto aire pensativo, a desabotonarse la bata.

—¿Es francesa? —inquirió.

—Lo ignoro. Imposible decirlo. Se hace llamar señora Bridgenorth.

Mary se extrañó:

—*Connais pas!* Jamás había oído hablar de ella.

—Mejor así.

—¿Insinúas que se trata de un apellido inventado? Vacilé:

—Insinúo que se presentó con una apariencia evidente y tangible, afirmando taxativamente que pagaría una suma evidente y tangible. Seguro estoy de que aceptará cualquier precio que se te antoje pedirle; y por consiguiente es una oportunidad que no toleraré que desdeñes. —Mi amiga no hizo ningún ademán de asentimiento ni de negación, y yo proseguí mis explicaciones—: Es una mujer de unos cincuenta años, o quizá más, que debió de ser muy hermosa *y cuyo* aspecto, pese a sus cabellos muy empolvados para, a lo que juzgo, ocultar sus canas, sigue siendo extraordinariamente atractivo. Se me presentó con un aire cohibido y avasallador al propio tiempo: lo segundo para disimular lo primero. Pero se desenvolvió notablemente bien, en mi opinión, teniendo en cuenta la excentricidad de su encargo. Ella misma fue la primera en admitir lo de la excentricidad; lo cierto es que empezó insistiendo tantísimo sobre la misma, que yo ya me esperaba no sabía muy bien qué. A veces rompía a hablar en francés con una pronunciación perfecta, aunque no mejor que la de su inglés, nada vulgar... por lo menos, no más vulgar que el de cualquier hijo de vecino. ¡Cuando uno piensa en las cosas que las gentes nos *dicen a* los artistas, *y* el modo como nos las dicen! Albergaba un inmenso interés, bien lo vi, en ser tomada en serio, en no ser tenida por una chalada; y me quedó infinitamente agradecida por prestarle tan respetuosa atención. Iba vestida con exquisita elegancia y había venido en un cupé propio.

Mi interlocutora lo asimiló; por último preguntó muy quedamente:

—¿Es persona respetable?

—¡Buena pregunta! —dije riéndome—; ¡tú siempre sabes centrar la luz sobre el punto esencial, incluso cuando uno se afana por extender una especiosa difuminación sobre todo el conjunto! Es persona anómala —proseguí tras un instante—; y para lo que desea el cuadro, sospecho, es justamente para parecerlo un poco menos.

—Pero, en definitiva, ¿quién es, qué es? —insistió mi compañera.

Ello me retrotrajo inmediatamente a una de mis pasiones:

—Oh, mi querida amiga, ¿qué hay más interesante que la vida? ¿Qué hay, en particular, más fabuloso que Londres? En Londres está todo, cualquier cosa imaginable, y nada es excesivamente imposible como para que no nos pueda salir al paso algún día. ¿Qué es una mujer entrada en años, bien conservada, hermosa, empolvada, elusiva, excéntrica, que se presenta sin referencias de ninguna índole, pero con carruaje propio y excelentes encajes? ¿Qué es una tal persona sino alguien que ha *podido* tener grandes aventuras, *y* que les ha extraído, de una manera u otra, provecho? Sus aventuras no son, sin embargo, asunto de nuestra incumbencia; me parecería fuera de lugar intentar forzarla a enseñar sus cartas. ¡Ya me gustaría a mí conocer al individuo capaz de lograr eso de la señora Bridgenorth! Ahora aspira a la decencia, y de la mejor calidad. Aunque sospecho que su personalidad es creación de su talento, posee claramente, por otra parte, amplísima experiencia de la vida. ¿Aceptarías verla? —planteé a continuación.

Mi anfitriona reflexionó, y dijo:

—No.

—Entonces, ¿no vas a intentar el encargo?

—¿Tengo necesidad de verla para intentarlo? —Y esta pregunta me reveló que también ella, en la medida en que había atendido, había empezado a sentirse cautivada—. Resultará incómodo —musitó pese a ellotratar de satisfacerla con tales exigencias. Tratar —añadió en seguida— de satisfacerla en modo alguno. ¿Tienes la impresión de que no está casada? —preguntó, acto seguido, una pizca inconsecuentemente.

—Vaya —contesté—, apenas si he tenido tiempo para pensar sobre ello, pero, extrañamente, ya puedo figurarme la escena. No inmediatamente, no al siguiente día, ni siquiera al siguiente año de haber colgado en su residencia el cuadro que pide, pero, de todas suertes, la transfiguración se producirá a su debido tiempo y en la ocasión oportuna. «¿Quién es ese hombre tan endiabladamente apuesto?» «¿Ése? Oh, es un antiguo retrato de mi amado marido difunto.» Pues es que le dije (sondeándola insidiosamente) que sin duda desearía que pareciera antiguo, y que es de la pátina del tiempo de lo que tú rebosas.

—Yo diría que sí —suspiró Mary finalmente.

—Pues ve a ponerte el sombrero.

Al llegar le había propuesto que me acompañara a tomar el té, y cuando me dejó momentáneamente a solas en el taller para arreglarse en la habitación contigua fue cuando empecé a sentirme seguro del buen éxito de mi visita. La visión que una hora atrás me había decidido se me fue haciendo más intensa y radiante a medida que vagaba examinando sus obras. Había allí muchas más de las que uno habría deseado ver; pero por lo menos tuvieron el don de fortalecer mi confianza, lo cual me fue grato al pensar en la de mi visitante, quien había aceptado sin reservas mi recomendación de la señorita Tredick. Cuatro o cinco de sus copias de célebres retratos —ornato de grandes colecciones públicas y privadas— colgaban de las paredes, y verlas juntas de nuevo equivalió a sentirme tranquilo en lo tocante a haber recomendado a la persona apropiada. Su suave estilo era lo que yo había tenido presente al decirle a la señora Bridgenorth para

excusar mi negativa: «¡Oh, mis retratos, ¿sabe usted?, parece que hubieran sido pintados mañana!» Poco importaba que los Van Dycks y Gainsboroughs de Mary fueran reproducciones y réplicas, pues yo sabía que alguna que otra vez se había entretenido en pintar, como decía ella, algo de su propia cosecha. Tan audazmente había copiado tantas obras audaces, que poseía una extraordinaria gama de recursos en la punta de su pincel. Ella siempre me había replicado que tales obras no eran más que hábiles fraudes, pero se daba la circunstancia de que era un hábil fraude lo que nuestra dienta deseaba. Sólo se necesitaba entregárselo; ciertamente, ella sola pondría el resto. Pero al tiempo que yo meditaba así me dije para mis adentros que había más de lo que parecía a simple vista, como suele decirse, en una reacción como la que creía haber advertido en mi amiga. Yo había activado, sin pretenderlo, más de un resorte; había encendido más de un impulso. A decir verdad, quedé convencidísimo de ello cuando volvió ataviada con su sombrero y su chaqueta. Estaba transformada, había madurado el proyecto; y con una luz manifiestamente nueva me sonrió desde detrás del estirado velo mientras se ajustaba un par de tersos guantes en sus manos firmes y delicadas.

—Me harías un favor si le dijeses a tu amiga que os estoy sumamente agradecida a ambos y que acepto el encargo.

—Espléndido. ¿Aceptas asimismo adornar al caballero con todos los atributos de la belleza masculina?

—Acepto justamente a fin de hacer *eso*. Lo pintaré superlativamente apuesto... y superlativamente vil.

—¿Vil? —Quedé enteramente estupefacto.

—El más elegante caballero y la peor persona que nadie haya visto jamás.

Me sentí no menos desconcertado que alarmado; pero un instante después me eché a reír para quitarle hierro a la situación:

—¡Oh, bien, puesto que yo no habré de conocerlo en persona! Ya veo que lo *tendremos* —dije según salíamos, pues verdaderamente había activado un resorte. De hecho había activado *el* resorte.

Sus repercusiones iban a ser, más o menos, como muy pronto tendría ocasión de comprobarlo, multilaterales. Fiel a mi promesa, fui a casa de la señora Bridgenorth para informarla del resultado, y aunque dijo sentirse muy complacida por el buen éxito de mi misión, me di cuenta de que la defraudaba un poco el hecho de que la señorita Tredick no hubiese manifestado el menor deseo de una entrevista preliminar.

—Me parece que lo lógico habría sido que deseara verme, *y* que se imaginara que yo desearía verla *a ella* —declaró.

Pero procuré infundirle todos los ánimos posibles: —La verá una vez que esté acabado el cuadro. Podrá verla para expresarle su gratitud.

—Y para pagarle su precio, supongo —dijo mi anfitriona, riéndose con un deje de aspereza que, al fin y a la postre, resultaba comprensible—. ¿Tardará mucho en acabarlo?

Reflexioné:

—Está tan interesada en el tema que yo diría que lo pintará de un tirón.

—*¿Está* interesada, pues? —preguntó; *y* al enterarse de hasta qué punto, aunque yo sólo se lo desvelé a medias, exclamó admirada—: ¡Ustedes los artistas son seres rarísimos! —Fue casi con un sentimiento de culpabilidad como le di la razón, y mientras ella aclaraba que había querido referirse a nuestra infinita capacidad de comprender y yo aducía que también a eso había querido referirme *yo,* me hizo pasar a otra estancia para

enseñarme el lugar reservado al cuadro; acto éste que tuvo por efecto confirmar singularmente la verdad en cuestión. El lugar reservado al cuadro —en su habitación personal, como la denominó ella, un gabinete de la parte posterior desde el cual se contemplaba el jardín comunitario de uno de esos modernos conjuntos residenciales y al cual, dijo, únicamente le faltaba ese detalle final— resultó ser exactamente el lugar (un amplio panel del blanco maderaje encima de la repisa de la chimenea) de la descripción que yo le hiciera a mi amiga. Me preguntó abiertamente—: ¿Se da usted cuenta del efecto que causará? —Y me miró con gran intensidad, como buscando algún indicio de que, gracias a mi sensibilidad, yo comprendía lo que no había manifestado ella en palabras. Tan transparentemente lo manifestaba la pobre mujer, que no tuve dificultad ninguna en comprenderlo. El retrato del más elegante caballero que nadie hubiera visto jamás, una vez enmarcado con sumo gusto y colocado allí reverentemente, contribuiría a realzar el prestigio de ella misma todavía más que el de su habitación.

He de consignar sin demora que mi escrutinio de la señora Bridgenorth no pudo menos que reafirmarme en el cultivo de esa pasión a que ya he aludido. A la luz de la impresión que ella me producía, la vida se me antojó tan prodigiosa y Londres tan asombroso como yo nunca había dejado de afirmar, y nada habría podido confirmar más plenamente esta idea que la manera en que todo nos quedó de manifiesto sin que nada fuera verbalizado. Nos mantuvimos en la superficie con esa tenacidad de los náufragos que se aferran a una tabla. Nuestra tabla fue nuestra mirada excluyentemente concentrada en el presente de la señora Bridgenorth. Permitimos que el pasado existiera para nosotros bajo la sola forma de las bellezas que había sabido ella conservar donosamente y a las cuales permanecían adheridos algunos vestigios de su antigua identidad. Era persona afable, distinguida, siempre decorosa. Me producía sobre todo la impresión de ser, esencialmente, una mujer que aguardara. Se parecía a una casa tan reciente y felizmente «reformada» que maravillara no verla habitada. Aguardaba que algo aconteciera, que alguien apareciera. Aguardaba, más que nada, el cuadro de Mary Tredick. Obviamente contaba con sacar partido de él.

Mis previsiones se revelaron atinadas; el cuadro fue ejecutado con prisa febril: raudamente, o por lo menos confiadamente, habida cuenta de la clase de obra que resultó ser. Al principio respeté la soledad de mi amiga, dejé actuar el fermento, sin importunarla con sugerencias ni asaetearla a preguntas; así transcurrieron dos o tres semanas sin que me acercara a ella. Por fin, una tarde, a la hora en que la luz declinaba, me dejé caer por su taller. Inmediatamente comprendió lo que yo deseaba:

—Oh, sí, estoy enfrascada en él.

—Pues bien —dije—, he respetado tu intensidad, pero *he* sentido mi curiosidad.

Quizá no sea exacto decir que ella nunca estaba tan triste como cuando se reía, pero lo que sí es cierto es que siempre se reía cuando estaba triste. En puridad, sin embargo, ¿cuándo no lo estaba la pobrecilla, aunque procurara ocultarlo? Sus pequeños éxtasis de risa correspondían justamente a sus peores amarguras. Pero ¿por qué tenía que sentir amargura precisamente en ese instante?

—¡Oh, ya me conozco tu curiosidad! —repuso; pero mi curiosidad no fue satisfecha por el pequeño estremecimiento que me produjo su carcajada—. Ya va saliendo, pero aún no puedo mostrártelo. He de resolverlo a mi manera. Ha insistido en ser, después de todo, el retrato de una persona reconocible —añadió—. Pero nadie lo sabrá jamás.

—¿Nadie?

—Nadie que vaya a visitarla *a ella.*

—¡Oh, a la pobre —repliqué— no parece ir a visitarla nadie!

—Tanto mejor. Voy a arriesgarme. —Tras lo cual comprendí que habría yo de aguardar todavía, pese a mi súbita impaciencia. Pero me demoré allí y, mientras tanto, explicó—: Si lo que estoy haciendo es intrínsecamente un retrato, la culpa es de la condición requerida. Si tenía que pintar al hombre más guapo del mundo, sólo podía pintar uno determinado.

Intercambiamos una mirada; seguidamente me eché a reír.

—¡Dudo que tal hombre sea *yo!* Pero ¿reflejará —pregunté— el matiz esencial?

—¿La vileza? Oh, sí, Dios mediante.

Me asaltó nuevamente la sensación de desconcierto, e incluso, de momento, apenas si me sentí autorizado a exigirle mayores confidencias. Pero quedaba siempre el recurso al buen humor:

A lo que me refería era a la pátina del tiempo.

—¿Que si la reflejará, mi querido amigo? La pátina del tiempo es algo que no puede fallarme. ¿Acaso no la *exhibo* en mí misma? —suspiró repentina *y* extrañamente, adquiriendo su rostro una expresión hasta entonces desconocida para mí—. ¿Acaso no voy a saber darle ese tono a mi modelo cuando, durante todos estos años, él me lo ha estado dando *a mi?*

Me fue imposible discernir qué pretérita pasión, qué perjuicio inolvidado, qué mezcla de placer y de dolor habían reavivado inintencionadamente mis palabras. Semejante consecuencia de las mismas no pudo menos que suscitar, en mí, una inmediata lástima, la cual, sin embargo, sólo exterioricé de forma indirecta:

—Es el tono —sonreí— con que hablas ahora.

Esto sirvió, desgraciadamente, como una especie de obstáculo.

—No era mi intención hablar ahora. —En seguida, fijando la mirada en el lienzo, añadió—: Todo quedará dicho aquí. Vuelve dentro de tres días. La obra estará completa.

Sin duda que lo estaba cuando finalmente pude verla. Ella había pintado algo extraordinario: un cuadro maravilloso, ideal, para el papel que había sido llamado a desempeñar. Mi sola reticencia, desde el primer instante, fue que resultaba demasiado bueno para su prefijado destino, que algo mucho menos «sincero» habría servido igualmente al propósito de la señora Bridgenorth, y que su relegación a la «habitación personal» de esta dama —por mucho efecto que pudiera causar allí— lo condenaría irremisiblemente a una cruel obscuridad. Ahora mismo tengo el cuadro frente por frente de mis ojos, de modo que nada me cuesta describirlo, aunque ninguna descripción puede hacerle justicia. La figura representada es un hombre de alrededor de treinta *y* cinco años, mostrado de cintura para arriba, *y* ataviado, como percibe el espectador, según una moda obsoleta y que ya en la propia época de su composición distaba de estar en boga. Su arrogante rostro, un poco longilíneo, que tal vez parecería excesivamente aguileño a no ser por el equilibrio de la frente y la seducción de la boca, desprende un hechizo que aún hoy, al cabo de tantos años, subyuga mi imaginación. El personaje posee una distinción que uno juzga enérgicamente plasmada pero no groseramente enfatizada. Los ojos quizá están demasiado próximos entre sí, pero, merced a una extraña paradoja, son al mismo tiempo indiferentes y apasionados, en tanto que los labios, las mejillas y el mentón, tersos y límpidos, son de un delineado admirable. Toda su presencia expresa, de un modo palpable, juventud, así como alegría y orgullo de vivir, la desenvoltura de un temple altanero

Librodot

y la esperanza de una gran fortuna, con la insolente inconsciencia de quien piensa que todo le es debido. Un hombre que nunca ha conocido una humillación o una decepción y cuya presentación toda, si mi imaginación no se engaña, es prueba de que morirá sin haber sufrido jamás. En pocas palabras: un ser tan bello que apenas si puede leerse en su pensamiento, y tan afortunado que apenas si puede leerse en su corazón.

Por supuesto, me apresuro a agregarlo, el cuadro es de perceptiblemente femenina elaboración, ligera, delicada, misteriosa, imperfectamente sintética: insistente y esquiva, sobre todo, en los lugares donde no debería serlo; pero no por eso deja de ser bella la composición e infinita su sugestividad. En verdad me pareció, al primer vistazo, que su mayor fuente de grandiosidad provenía de la inmensa audacia artística con que se fingía pintado hacia 1850. En aquella tenebrosa época habría constituido una extraña flor de refinamiento. La «pátina» —la del tiempo pretérito al que el cuadro afectaba pertenecer— se hallaba en él casi con exceso: un halo negruzco hacia el cual parecía retirarse la imagen misteriosamente. En este instante la figura representada me mira al través de muchos años y muchos acaecimientos, pero lo que en un principio sentí fue que había logrado erigirse simultáneamente en un experimento logrado y en una evocación plausible. Me redujo al silencio por tan variados motivos de sobrecogimiento, lo recuerdo, que ni en sueños se me habría ocurrido preguntar quién era. Todo cuanto dije, tras mis primeros balbuceos de admiración ante la consumada maestría de mi amiga, fue:

—Y ¿has llegado sin ningún documento a tal efecto de realidad?

—Depende de lo que entiendas por documento.

—¿Sin apuntes, sin estudios, sin bocetos?

—Los destruí todos hace muchos años.

—Entonces, ¿los tuviste en otro tiempo?

Hizo una pausa momentánea.

—En otro tiempo lo tenía todo.

Esto me reveló a la vez mucho más y mucho menos de lo que yo pretendía; lo suficiente, en todo caso, para que mi siguiente pregunta, tal como la formulé, sonara un poco absurda aun a mis propios oídos:

—Así, pues, ¿está hecho enteramente de memoria?

Desde donde ella estaba contempló su obra una vez más; tras lo cual se orientó bruscamente hacia mí y, avanzando varios pasos, se me reunió con una expresión desconocida —pese a que llevaba algún tiempo viéndole muchas expresiones hasta entonces desconocidas para mí— en su aspecto y sus palabras:

—¡Está hecho enteramente de *odio!* —me espetó, y seguidamente salió del taller. Entonces creí comprender el motivo de aquella retirada. Extremadamente conmovida por la impresión que su cuadro me había producido, no podía evitar las lágrimas y quería ahorrarme el espectáculo. Me dejó a solas con su portentosa creación durante un rato, y nuevamente, en su ausencia, reflexioné sobre la situación. El hombre del cuadro estaba muerto, debía de estarlo hacía ya muchos años; la sola humillación, como la he denominado, que estaba destinado a sufrir le había sido impuesta por la muerte. El lienzo lo plasmaba y lo contenía, en todo caso, como únicamente se hace con los muertos. Ella había sufrido por él, se me antojó, todo lo que una mujer puede sufrir, y la herida que él le infligiera, aunque oculta, no había cicatrizado jamás. Había tornado a sangrar mientras ella lo pintaba. Cuando volvió a entrar en el taller, no obstante, sólo supe decirle una cosa:

—Advierto, bien lo sabe Dios, su belleza. Pero lo que soy incapaz de advertir es eso que denominas su vileza.

Le lanzó una última mirada; nuevamente se orientó hacia mí:

—Oh, así era él.

—Pues bien, comoquiera que él fuese —recuerdo que repuse—, no se me alcanza que accedas a desprenderte de él. ¿No sería mejor enseñarle primero el cuadro aquí a la señora Bridgenorth?

Titubeó respecto de aquello:

—Creo que no me apetece que venga. Quedé maravillado:

—¿Sigue resultándote tan desagradable la idea de verla?

—¿De qué serviría? Si me pidiera que modificase el cuadro, por nada del mundo consentiría yo en hacerlo.

—¡Oh, no te pedirá *eso!* —dije riéndome—. Lo adorará tal como está.

—¿Tan seguro estás de lo que quería?

—¿De que quería alguien a quien hacer pasar por el señor Bridgenorth? Vaya, aunque no hubiera estado seguro desde el principio, mi querida amiga, lo estaría en este momento. ¡Es imposible que, ante una oportunidad así, *no* se entusiasme! Sí, lo hará pasar por el señor Bridgenorth.

—¡El señor Bridgenorth! —hizo de eco, logrando, con su helada risita, que el nombre sonara grotescamente indigno de él. En verdad podía ser un príncipe, y me pregunté si no lo habría sido. Ella tuvo, en todo caso, una idea novedosa—: ¿Te molestaría que lo hiciera llevar a tu taller para que ella lo viera allí? —Lo cual (toda vez que yo acepté de inmediato, inclinándome ante sus razones, cualesquiera que fuesen) hizo cumplir a la mayor brevedad.

2

Al día siguiente recibí el cuadro, en consecuencia, y al otro se presentó la señora Bridgenorth, a quien ya había enviado recado. Yo lo había ubicado bien a la vista, enmarcado *y* en un caballete, *y* jamás olvidaré la mirada y el grito que, nada más percatarse de él, asomó en su rostro y brotó de sus labios. Fue un momento insólito, tanto más cuanto que me cogió enteramente desprevenido; tan insólito que, en un principio, apenas si comprendí lo que sucedía. Cuando cobré conciencia de ello, por lo demás, ya habían sucedido otras cosas, de modo que al sobreponerme procuré asimilar la situación en toda su complejidad. Ella había identificado al modelo inmediatamente: he aquí la impresión que dominó a todas las otras y que era inconfundiblemente vívida en ella. Esta identificación le había insinuado, con la rapidez del rayo, la posibilidad de que el golpe le hubiera sido preparado adrede: he aquí la segunda impresión, que la había hecho arrebolarse como si hubiera recibido una bofetada en plena cara. La tercera de las impresiones —y fue realmente la más portentosa— fue su raudo impulso de disimular tanto su singular reconocimiento del modelo como su obscura sospecha. Lo que no pudo disimular, sin embargo, pobre mujer, fue el gran sonrojo de sus mejillas y las prontas lágrimas de sus ojos. No dejaba de mirar fijamente el lienzo, nerviosa, boquiabierta, procurando ganar tiempo. Sorprendida o despechada, reflexionaba intensamente,

Librodot

sintiendo, por encima de todo, el riesgo que corría si se dejaba dominar por la emoción; e incluso en ese momento me di cuenta de que nada habría podido ser más admirable que su esfuerzo por sofocar su conmoción en diez segundos.

Cuántos segundos terminó necesitando, no lo cronometré; los suficientes, a buen seguro, para que yo también sacara provecho de la coyuntura. Yo gané más tiempo que ella, y sin duda lo más singular de todo fue mi jugada: el más rápido cálculo que, guiado por una mera intuición imprecisa, haya realizado yo jamás. Dado que ella había identificado al imponente caballero representado en el lienzo y, sin embargo, instantáneamente había resuelto no darlo a entender, toda mi lealtad hacia Mary Tredick me inspiró una rápida contramaniobra. Me ofrecieron un buen pretexto sus arreboladas mejillas:

—¡Caramba, pero si lo conoció usted!

Advertí que por un instante se preguntaba si no podría fingir convincentemente que su turbación se había debido nada más que a un arrebato de placer, a la natural alegría que le causaba su adquisición. Estaba patéticamente, aunque a la vez casi cómicamente, indecisa. Su propensión era hasta tal punto borrar sus huellas, que cualquier confesión de una relación pasada se le aparecía como un peligro; pero asimismo le convenía a su seguridad el averiguar, a la luz de nuestra pasmosa coincidencia, en qué medida estaba ya desenmascarada. Por lo pronto escamoteó el problema con objeto de evitar su discusión. Sonrió entre las lágrimas:

—¡Es una obra absolutamente magnífica!

Pero yo le concedí, como digo, escasísimo tiempo:

—¿Quién es él? ¿Quién *era* él?

Probablemente lo que la decidió fue mi mirada en aún mayor medida que mis palabras. No vaciló sino un instante más, resolló, rió, lloró nuevamente, y luego, desplomándose en el asiento más próximo, se rindió tan por completo que me sentí casi avergonzado.

—¿Cree usted que pienso decirle su *nombre?* —El peso de los años pretéritos (todo lo borrado y destruido) revivió en el tono mismo de sus palabras, casi como los sones de una música olvidada resucitan con la violencia de un choque emocional. Las intuiciones, sin embargo, según me lo demostró inmediatamente, eran un juego al cual podían jugar dos. Le bastó escudriñarme un instante—. ¡Caramba, pero si usted realmente *no* lo sabe!

Juzgué que lo mejor sería mostrarme franco:

—No lo sé.

—Entonces, ¿cómo es que lo sabe *ella?*

—¿Cómo es que lo sabe usted? —dije riéndome—. Mi caso es aparte.

Por un momento les dio vueltas interiormente a las cosas, fija la mirada en el lienzo:

—¡Qué parecido, qué parecido! —Resultaba casi excesivo.

—¿Tan fiel es el retrato?

—Mucho más de lo que pueda usted figurarse.

Reflexioné:

—Pero semejante parecido con una persona reconocible... va contra sus deseos.

Ante esto se incorporó con una protesta vehemente:

—Oh, nadie más se dará cuenta.

Exterioricé nuevamente, me temo, mi diversión:

—¿Nadie salvo usted y ella?

—¡Que lo haya pintado *a él!* —No cabía en sí de asombro—. ¿Palabra de honor que ella no lo sabía?

—¿Que éste es el mismísimo caballero que usted habría solicitado si hubiera tenido el valor? Ni por asomo. ¿Cómo *podía* saberlo? Ella no sabía nada... palabra de honor.

La señora Bridgenorth continuó maravillándose:

—¿Lo escogió como modelo simplemente a causa de que su tipología...?

—...¿corresponde a la descripción que yo le hice de lo que usted deseaba? Exactamente.

—Pero *¿cómo...* al cabo de tantos años? ¿De memoria? ¿Porque fue amiga suya?

—A partir de sus recuerdos, sí. En nuestro rarísimo gremio, ¿sabe usted?, la memoria visual es algo portentoso. Él era lo ideal, sencillamente, para su propósito. Bien, *¿está* usted satisfecha? —añadí tras un instante.

Se había aplicado a contemplarlo de nuevo, y ante aquello volvió la mirada hacia mí; pero advertí que no podía hablar, o por lo menos no pudo más que articular irreproduciblemente: «¡Satisfecha!», de modo que no me sorprendió en lo más mínimo que —al igual que lo hiciera Mary, pues, por lo visto, el modelo tenía la facultad de desatar el llanto femenino— estallara repentinamente en sollozos. Al confesarlo ahora, piénsese de mí lo que se quiera, no siento mayores remordimientos que entonces, pero lo cierto es que mientras se entregaba a llorar me asaltó literalmente una nueva inspiración destinada a servir los intereses de la señorita Tredick. Yo sabía exactamente, por lo demás, antes de que mi visitante pudiera sobreponerse, la petición que ésta me formularía en seguida; conque la suscité deliberadamente para terminar de una vez por todas. Expliqué que no sospechaba yo en modo alguno la identidad del modelo, ya que nuestra artista no me había brindado ningún indicio. Únicamente tenía la impresión de que ella lo había conocido... conocido bien; y de que, cualesquiera que hubiesen sido sus razones para utilizarlo, el hecho de que la señora Bridgenorth compartiera ese conocimiento era, lisa y llanamente, una coincidencia. Tan pasmosa como se quisiera, pero estas cosas sucedían. Mi visitante me escuchó con avidez y confianza. Se sintió tranquilizada en cierta medida. Entonces llegó su petición:

—Pues bien, si ella no se figura ni remotamente que él desempeñó un papel en mi vida (ni que ahora lo volverá a desempeñar), voy a pedirle a usted, como un muy especial favor, que no se lo diga jamás. A buen seguro, ella querrá saber qué impresión me ha producido su obra. Naturalmente que usted le dirá que estoy entusiasmada, pero ¿puedo exigirle que no agregue nada más?

Había súplica en su semblante, pero tuve que meditar:

—Hay condiciones que antes debo exigirle a mi vez, y una es asimismo una pregunta, sólo que más directa que las suyas. Ese hombre misterioso, malogrado por la muerte, ¿tenía que casarse con usted?

Lo afrontó con valentía:

—Ciertamente, si hubiese vivido más.

No sentí sino diversión ante la rotundidad de aquel «ciertamente».

—Muy bien. Entonces, ¿por qué desea que esta coincidencia...?

—...¿le sea ocultada a ella? —Sabía exactamente el porqué—: Porque si la sospechara se negaría a entregarme el cuadro. Por consiguiente —añadió con resolución– – tiene usted que aceptar que le lo pague en seguida.

—¿A qué llama usted en seguida?

—Tan pronto como llegue a casa le mandaré un cheque.

—Oh —dije riéndome—, vamos a ver. ¿Por qué cree usted que se negaría a entregárselo?

Su respuesta se hizo esperar, pero cuando la formuló fue perfectamente clara:

—Porque adivinaría lo mucho que debo desearlo.

—¿No sería más bien al contrario... ya que una parte del acuerdo estipulaba claramente que el cuadro no habría de presentar ninguna semejanza con una persona real?

—Oh —dijo con impaciencia la señora Bridgenorth—, el hecho de que no me haya importado la semejanza sería lo que la alertase. Sacaría sus conclusiones por sí sola. —Entonces manifestó su verdadera aprensión—: Se pondría celosa.

—¡Ah! —exclamé riendo. Pero me había sobresaltado.

—¡Me odiaría!

Quedé maravillado:

—Pero no creo que él le resultase simpático.

—¿No lo cree? —Me miró fijamente, mientras hacía de eco a cuenta de todo lo que pudiera haber en ello, y luego pareció decidir que era muy poco—: ¡Yo lo *afirmo!*

Se ponía casi cómicamente al descubierto la antigua señora Bridgenorth.

—Pero, por lo que he podido inferir, él se condujo mal con ella —dije.

—Y ¿cómo se condujo *ella* con él?

Apenas si vacilé:

—Y ¿cómo se condujo *usted?*

—Eso es asunto de mi exclusiva incumbencia. —Y fijó otra vez la mirada en el retrato—. Él se condujo lo bastante bien con ella como para que ella lo recuerde *así.*

Lo contemplé una vez más:

—Artísticamente hablando, habida cuenta del modo como ha sido hecha, es una de las obras más singulares que haya visto yo jamás.

—¡Es una verdadera joya! —dijo más sencillamente la pobre señora Bridgenorth.

Lo era, lo es en verdad; eso era precisamente lo que volvía tan interesante el caso:

—Sin embargo, tengo la indefinible sensación de que, como digo, él no ha sido pintado con amor.

Fue extraordinario cómo me entendió:

—Ha sido pintado con rabia.

—Entonces, ¿qué tiene usted que temer?

De nuevo, lo sabía exactamente:

—Lo mismo que ha sucedido cuando ella me ha puesto celosa *a mí.* Hasta tal punto ––manifestó— que si usted me da su palabra de guardar silencio...

—¿Y bien?

—Pues que doblaré la cantidad.

—¡Oh—repuse, paseándome de un lado para otro en mi excitación ante el hecho de que concordáramos—, eso es justamente lo que (para mejor servir los intereses de ella) *yo* iba a proponer!

—¿Queda convenido, pues, que tengo su palabra de honor? —Se mostraba tan vehemente que esto decidió a efectos prácticos el asunto, aun cuando seguí paseándome un poco mientras ella me observaba en suspenso. La vibración del ambiente atestiguaba que se había enamorado de la obra con reprimido apasionamiento y que una relación muy íntima había resucitado en aquel rato. No se ignora que una persona genuinamente

desprendida es capaz de plantear en beneficio ajeno exigencias que nunca plantearía en beneficio propio. Resueltamente, se imponía servir los intereses de Mary. La obra valía realmente mucho más de lo estipulado, y si la propia compradora optaba por creerlo así era problema suyo. Me decidí:

—Si queda igualmente convenido que yo tengo la de *usted.*

De tan buena gana convinimos, que nos estrechamos la mano para sellar nuestro entendimiento.

—¿Cuándo podré hacer que vengan a recoger el cuadro?

—Caramba, esta noche tengo que verla a ella. Digamos mañana a primera hora.

—Mañana a primera hora.

La escolté hasta su cupé, y mientras se despedía, lo recuerdo, expresó su pesar por no poder llevarse el lienzo en él en ese mismo punto y hora. La consolé observando que no habría podido meterlo en un carruaje de esas características... lo cual no era cierto.

Antes de cenar fui a ver a Mary Tredick y, a pesar de no sentirme idealmente seguro del terreno que pisaba, le comuniqué la noticia sin pérdida de tiempo:

—Quedó tan entusiasmada que sentí en conciencia que debía sacar partido de ello en beneficio tuyo. No lo comprará en los términos iniciales. Subí el precio.

Mary quedó sorprendida:

—Pero ¿hasta cuánto?

—Pues hasta cuatrocientas libras. Si lo deseas procuraré incluso que sean quinientas.

—Oh, no me parece correcto.

—¿Por qué?

—¿Después de haber hecho un trato? —Estaba muy seria—. No me gustan nada los regateos.

—Pero, mi querida amiga, te las has ganado. Te comprometiste a entregarle una baratija simplemente decorativa y has producido una viviente obra maestra.

Reflexionó:

—¿Es así como lo calificó ella? —Luego, como yo vacilara por tener que reflexionar también, prosiguió—: ¿Qué es lo que sabe?

—Sabe que desea poseerlo.

—¿Con tanto ardor?

Ante esto hube de hacer acopio de fuerzas:

—Con tanto ardor que esta misma noche me mandará el cheque, y yo te lo reexpediré para que lo recibas en el primer correo de la mañana.

—¿Antes de que ella haya tomado posesión del cuadro?

—Oh, hará que vengan a buscarlo mañana. —Y, como iba yo a cenar fuera y aún tenía que cambiarme, se me había agotado el tiempo. Mary me escoltó hasta la puerta, donde le confirmé mi garantía—: Recibirás el cheque en el primer correo. —A lo cual añadí—: ¡Si el primer precio era aceptable para una mujer deseosa de *cualquier* marido, hay que convenir en que el segundo es irrisorio por uno como el que le has proporcionado!

Yo tenía prisa, pero ella me retuvo:

—¿O sea que has visto confirmada tu idea?

—¿Mi idea?

—La de que es eso lo que le *he* proporcionado.

Súbitamente tuve la sensación de haber ido quizá demasiado lejos; pero ya había

hecho esperar mucho a mi carruaje de alquiler y monté en él sin demora.

—¡Vaya, digamos —le grité con forzada jovialidad mientras me alejaba— que le has proporcionado, en cualquier caso, una esposa *a él!*

Cuando regresé a casa aquella noche después de cenar, mi primer cuidado, en el oscuro taller, fue encender una luz para contemplar otra vez al caballero pintado por Mary. Sentía el impulso de darle las buenas noches, pero, para mi indecible sorpresa, ya no estaba allí. Su lugar estaba vacío: había desaparecido sin dejar rastro. Comprendí, no obstante, pasado mi primer asombro, lo sucedido; y además lo comprendí, sinceramente, con cierto alivio. Como mis criados estaban acostados era imposible interrogar a nadie, pero la señora Bridgenorth, cuya nota adjuntando el cheque reposaba sobre la mesa, seguramente no había sido capaz de reprimir su impaciencia. La nota, comprobé, no mencionaba nada excepto el cheque adjunto; pero debía de haber sido traída por un emisario particular, y era su silencio sobre cualquier otra cuestión lo que desvelaba el misterio. El emisario había debido de acudir con instrucciones de «actuar»: habría venido en un vehículo, se habría llevado en él tela y marco. Por consiguiente, ya estaba pagado el precio y concluida la aventura. Al día siguiente, no sé muy bien por qué, había dormido mucho mejor gracias a mi conciencia de ambas cosas, y tan pronto como acudió mi fámulo le pedí detalles. Por ello me dejó tanto más atónito su respuesta:

—No, señor, no vino ningún emisario; se presentó ella personalmente. Vino sola en una berlina de alquiler, pero yo la ayudé, y entre los dos introdujimos el lienzo en ella. Hubo peligro de romperlo, señor, pero estaba *decidida a* llevárselo.

Quedé maravillado:

—¿Vino en una berlina... pero sin su criado?

—En efecto, señor. Vino, como quien dice, por su cuenta y riesgo.

—¿Y ni siquiera en su cupé, que habría resultado más espacioso?

Mi fámulo, según acostumbraba, sopesó aquello:

—¿Es que ella *tiene* un cupé, señor?

—Caramba, el mismo con que ayer vino aquí.

Entonces se hizo la luz:

—¡Ah, *esa* dama! No fue ella, señor. Fue la señorita Tredick.

Se hizo la luz, pero fue seguida de cierta oscuridad: una oscuridad que, tras haber desayunado, me encaminó a visitar nuevamente a mi amiga. Allí, en el lugar originario, reencontré su creación; pero me apercibí de que iba a ser espinoso reencontrarla a *ella.* Lo primero que hizo fue depositar sobre la mesa, cual si ya se hubiera esperado mi visita, el cheque que le reexpidiera antes de acostarme.

—Sí, me lo llevé yo. Y no puedo aceptar este dinero.

Sentí desesperación:

—¿Quieres quedarte con el cuadro?

—Yo misma no comprendo lo que me ha sucedido.

—¿Es que te desdices del trato?

—Yo misma no comprendo —repitió— lo que me ha sucedido. —Pero ya me había dado cuenta de que ella misma, por el contrario, comprendía bien lo que le había sucedido, de que en realidad lo comprendía mejor que bien. Al parecer, mi exceso de interés me había delatado el día anterior, e intuí que ahora iba a ser objeto de todo un interrogatorio. Ella había pasado la noche entera meditando detenidamente, y la generosidad de la señora Bridgenorth, junto con las prisas de la señora Bridgenorth, la

habían tenido insomne. De ahí, siendo una mujer ansiosa y especulativa, sus sospechas, deducciones, interrogantes—. ¿Por qué, cuando me escribiste anoche, diste por sentado que *ella* había arramblado con el cuadro? ¿Por qué —preguntó Mary Tredick— iba a sentir impulso alguno de arramblar con nada?

Pues bien, si yo había sido capaz de regatear en beneficio de Mary, pensé que podía *a fortiori* mentir también en beneficio suyo.

—Porque tal es su manera de ser. Es de las que arramblan. Es impaciente y no sabe contenerse. Y tú finges al hablarme —dije cautelosamente— como si no vieras razón para que se enamorara...

—¿Enamorarse? —Me había salido al paso con celeridad.

—...del caballero. Ciertamente. ¿Qué mujer no se enamoraría de él? ¿Qué mujer no se enamoró de él? De veras no creo, ¿sabes?, que tengas derecho a desdecirte de un trato formal.

—No me desdiré —replicó en seguida— si me contestas una pregunta. ¿Conoce al hombre que he pintado? —Entonces, como yo no despegara los labios, insistió—: Se me ha ocurrido que lo conoce. Eso explicaría varias cosas. La sensación tan rara que tengo y la exorbitante suma que conseguiste sacarle.

Era una lástima, y me arrebolé por ello, además de estremecerme ante el verbo que ella había empleado. Pero el caso es que, claramente, la señora Bridgenorth y yo, al alimón, habíamos elevado en exceso la cifra.

—¿Piensas que, por descontado, si ella *hubiese* identificado al caballero, yo me habría aprovechado de ello para «sacarle» más?

Ante esto apartó el semblante y, pareciendo ensimismada en su turbación, se paseó imprecisamente de un lado para otro. Por último se detuvo:

—Me lo imagino colgado allí. Me la imagino recitando su estudiada frase. Lo que dijiste sobre el personaje por el cual lo haría pasar.

Creo que traté insensatamente —aunque sólo fuera por un instante— de hacerme el olvidadizo:

—¿Por su marido?

—Nunca lo fue.

Al siguiente instante asumí el riesgo:

—¿Lo fue tuyo?

Ignoro qué me habría esperado yo, pero me asombró que se limitara a negar serenamente:

—No.

—Entonces, ¿por qué no pudo ser...?

—...¿el marido de otra? Porque, según tengo constancia absoluta, murió soltero. —Hablaba todavía con la misma serenidad—. Él conocía a muchas mujeres, y hubo una en particular con la cual entabló (y mantuvo durante demasiado tiempo) unas deplorables relaciones. Ella intentó arrastrarlo al matrimonio, y él estaba a punto de ceder. La muerte, sin embargo, lo salvó. Pero ella fue la causa...

—¿De qué? —Temí nuevamente una explosión de dolor por su parte, conque al ver que guardaba silencio proseguí—: ¿La conociste?

—Me negué a ello. —Entonces lo manifestó—: Fue la causa de que él me abandonara. —Su sostenida calma acabó de decirlo todo, y me redujo a un conmovido y lastimoso: «¡Ah!» que condensó mi impresión de que me había revelado, contra todas

mis expectativas, más de lo que podía yo asimilar. Pero fue justamente mientras reflexionaba qué hacer con su confidencia cuando ella repitió, con distinta voz, su anterior pregunta—: ¿Conoce al hombre que he pintado?

—No tengo la menor idea. —Y, habiendo salvado con esto mi deber, añadí de un modo que ahora se me antoja frívolo—: Ayer, ciertamente, no lo nombró.

—¿Se limitó a reconocerlo?

—De ser así, lo disimuló brillantemente.

—¿De modo que no sacaste nada en limpio por lo que a ella respecta?

Ésa fue una pregunta que me concedió cierta ventaja:

—Creía que me acusabas de haberle sacado demasiado.

Me lanzó una larga mirada, y en aquel instante leí en su rostro como en un libro abierto.

—Es hermosísimo lo que haces por mí —comentó—, y lo haces irreprochablemente. Es algo precioso, precioso, y te lo agradezco de todo corazón. Pero yo sé.

—Y ¿qué es lo que sabes?

Se aplicó ahora a preparar su paleta.

—Lo que debió significar él para ella.

—¿Quieres decir que ella es la mujer...?

—Vaya —dijo, poniéndose sus viejas gafas—, una de entre ellas.

—Y ¿aceptas tan tranquilamente la pasmosa coincidencia...?

—...¿de hallarme envuelta ahora, al cabo de tantos años, en una relación tan extraordinaria con ella? ¿A qué llamas tú tranquilamente? He pasado una noche atroz.

—Pero ¿qué es lo que te hizo pensar...?

—...¿que yo le había restituido tonta y ciegamente ese hombre a ella? *Tú* me lo hiciste pensar, ayer.

—Y ¿cómo?

—No sabría explicarlo. A buen seguro no era ésa tu intención, sino la contraria. Pero sembraste la semilla. La planta, después de que te marcharas —dijo mientras corregía profesionalmente la posición del caballete—, la planta empezó a germinar. Y los *vi* allí, en tu taller, cara a cara.

—¿Te pusiste celosa? —dije riéndome.

Me lanzó una nueva mirada a través de sus gafas, las cuales parecieron, a partir de aquel momento, en su rareza, haberla transportado definitivamente al otro lado del abismo del tiempo. Allá se mantuvo decidida, se mantuvo inamovible, se mantuvo fuera de mi alcance.

—Ya veo que te dijo que me *pondría* celosa. —Sin duda no conseguí disimular suficientemente mi sobresalto ante esto, y se apresuró a añadir—: Dices que acepto la coincidencia, verdaderamente pasmosa. Pero estas cosas suceden. ¿Por qué no iba a aceptarla, cuando la aceptas tú?

—¿La acepto *yo?* —sonreí.

Se aplicó a trabajar en silencio, pero exclamó de improviso:

—¡Celebro no haberla visto!

—Aún no comprendo por qué te negaste a ello.

—Yo tampoco. Me lo dictó mi instinto.

—Tu instinto —traté de ironizar— es milagroso.

—*Debe* serlo, para prevenir semejantes posibilidades. Me harías un favor si le dijeses

a tu amiga, para de volverle su cheque, que ahora que he acabado el cuadro veo que, pensándolo bien, deseo quedármelo yo.

—¿Sin mayores explicaciones?

Continuó pintando.

—Ella adivinará —dijo.

Pues bien, a estas alturas había adivinado yo también: había adivinado tantas cosas, que mucho me temo que protesté muy débilmente. Si nuestra portentosa clienta no había sido su esposa en la realidad, ella no pensaba ayudarla a serlo en la ficción. Yo había adivinado casi más de lo que puedo expresar, más de lo que, en todo caso, supe traslucir entonces. La más elemental compasión habría debido mover a ese hombre a permanecer fiel a mi amiga, pero la había abandonado de manera inhumana. A decir verdad, esto espesaba el misterio, que exploré tímidamente:

—¿Por qué, aun admitiendo tu teoría, le niegas el retrato? Lo pintaste con amargura.

—Sí. ¡De lo contrario...!

—...¿no habría sido pintado nunca? Precisamente. ¿Es con amargura, pues, como piensas quedártelo?

Alzó la vista de su trabajo:

—¿Con qué espíritu te lo quedarías *tú?*

Ello me alentó:

—¿Quieres decir que *podría* quedármelo? —Entonces tuve una idea—. ¡Te pagaré el precio que te ofrecía ella!

Fue hermosa su sonrisa desde detrás de las gafas:

—¿Con la intención de vendérselo inmediatamente? Será tuyo después de mi muerte. —Tras lo cual se apartó del caballete, y me apercibí de que mi presencia no la dejaba trabajar y sería preferible que me marchara. Conque le tendí la mano—. Para pintarlo he necesitado... ¡todo lo que quieras imaginar! —dijo—, pero me lo quedaré con alegría. —Ahora me sentí incapaz de replicarle nada, hube de cesar de fingir; ella tomó el retrato entre sus manos. Permanecimos allí en silencio unos instantes, y nuevamente tuve la sensación, melancólica y definitiva, de que ella estuviera, por así decirlo, abstraídamente barnizada e integrada en la propia obra surgida de su pincel—. Me lo quitaron, y durante todos estos años estuvo para mí en la más absoluta de las sombras. ¡Y he aquí que ella misma, de un modo extraordinario...! —Volvió a sumirse en la consideración del prodigio.

—...¿te lo ha restituido sin pretenderlo?

Abismada en el prodigio, cerró los ojos un instante:

—Me lo ha restituido.

¡Fue entonces cuando vi con qué espíritu iba a quedárselo! Pero ahí concluyó mi visión. No tuve más remedio que escribirle, bastante pesaroso, una nota a la señora Bridgenorth, a quien jamás volví a ver, pero de cuya muerte —acaecida un par de años antes que la de Mary Tredick— me enteré por un azar. Éste es el relato de un anciano. Heredé el cuadro, cuya belleza profunda, no obstante, sigue bañada en misterio. Y, cosa curiosa, nadie ha reconocido nunca al modelo, aunque todo el mundo pregunta por su nombre. Ni yo mismo lo sé.